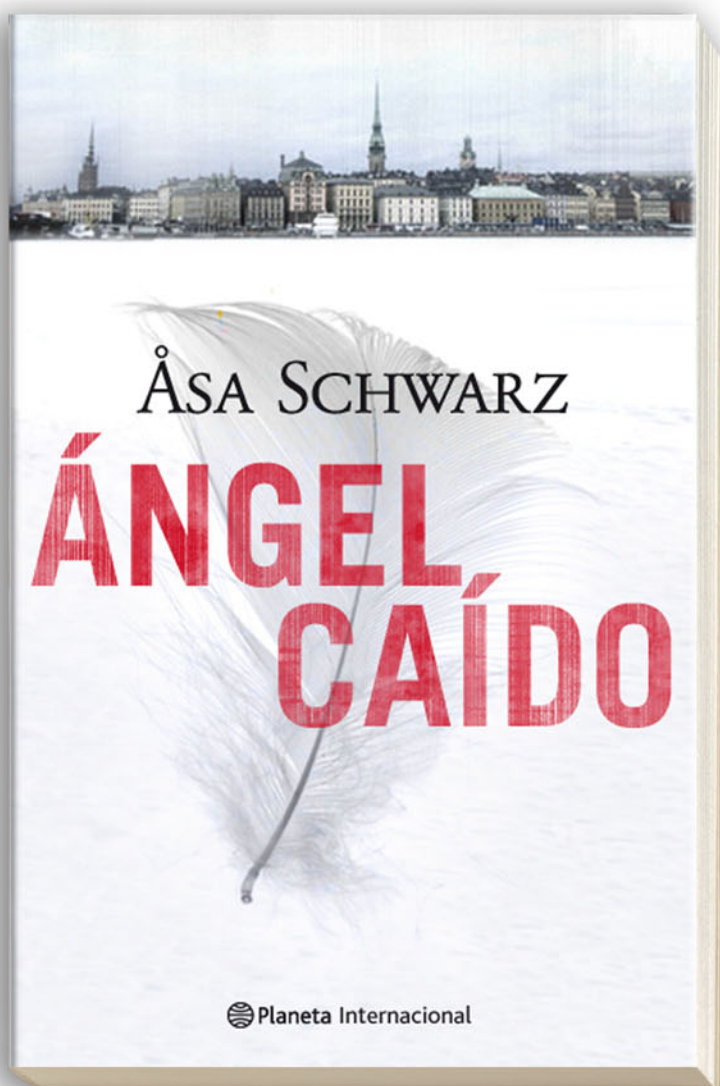


1er. Capítulo
Ángel caído
Åsa Schwarz



De Suecia llega Nova Barakel,
una mujer difícil de olvidar. ¿Todavía no la conoces?

Åsa Schwarz

ÁNGEL CAÍDO

Traducción del sueco por
Mayte Giménez y Pontus Sánchez

 Planeta

Viendo Yahvé que la maldad del hombre cundía en la tierra
y que todos los pensamientos que ideaba su corazón eran
puro mal de continuo...

Génesis 6, 5

Estocolmo, época actual

Habían vigilado el piso durante tres semanas.

Era el momento.

No se había visto entrar o salir a nadie en toda la noche. Eran las 23.30 y todas las ventanas estaban a oscuras. El piso de cuatro dormitorios de la calle Drottning, en el centro de Estocolmo, permanecía vacío. Y así debía continuar, esperaba Nova, que desde donde estaba tenía buena vista de la fachada. Las otras noches todo había seguido una rutina definida y si el dueño del piso se hallaba ausente ahora, era porque estaría fuera toda la noche. Supuso que dormirían en su lujosa casa de campo en el archipiélago interior. «Si ha ganado ciento cincuenta y cinco millones en once años, se podrá permitir ese lujo», pensó irritada. Ciento cincuenta y cinco millones por el vómito de dióxido de carbono de cuatro de las centrales carboeléctricas más sucias de Alemania. Las cuatro figuraban entre las treinta centrales energéticas más contaminantes de Europa y eran propiedad de Aguas de Suecia. Todas estaban en la lista *Dirty Thirty* del Fondo Mundial para la Naturaleza.

Nova necesitaba animarse para sacarse de encima la creciente intranquilidad que sentía por lo que iba a ocurrir. *Dirty Thirty*, murmuraba para sí misma como un mantra. Le iba bien. La adrenalina empezaba a circular. Le dio

un buen trago al café en vaso de papel que tenía delante e hizo una mueca de desagrado. Estaba frío como el hielo. No es que caliente fuera bueno, pero así era peor. Amargo y aguado.

Se oyó un pitido del móvil. Nova sabía lo que contenía el mensaje. Con un gesto brusco dejó el vaso en la mesa junto a la ventana del Seven-Eleven y se levantó. Para quitarse el mal sabor del café se metió en la boca el último chicle. El dependiente con acné parecía distraído y continuó leyendo el último número de la revista *Rocky*. Un descuidado mechón de pelo le cayó sobre un ojo y él se lo colocó detrás de la oreja con un gesto mecánico. Nova tuvo mucho cuidado de no encontrarse con su mirada pero, sin embargo, pudo constatar que eran más o menos de la misma edad. El martes ella cumpliría diecinueve años.

Nova no sentía una especial preocupación por que la pudiera identificar posteriormente. El mono de trabajo que llevaba puesto provenía de un contenedor. Era de color naranja sucio, con el gran logo de la compañía telefónica Televerket impreso en la espalda. Llevaba las rastas anudadas debajo de la gorra, que también había conseguido en un contenedor, con la visera bien bajada. Se había quitado la anilla de la nariz y el maquillaje era imperceptible. «Ni tu propia madre te reconocería», había dicho alguien cuando abandonó el local. No protestó pero pensó: «Vosotros no conocisteis a mi madre.»

En la puerta del Seven-Eleven comprobó el contenido de su mochila negra por quinta vez en una hora. Había tres cosas: un *spray* de color rojo sangre, una linterna para ponerse en la frente y un juego de ganzúas que Nova compró a través de internet y que le enviaron desde Estados Unidos. La tienda se llamaba Selfdefense Products y el juego estaba empaquetado en una discreta caja de color marrón. Primero se rió de la idea de utilizar ganzúas para la autodefensa, después se dio cuenta de que ella misma terminaría por hacerlo.

Si la tierra sucumbía, ella también moriría.

Por tanto, su plan era totalmente de autodefensa. Esa

conclusión la llenaba de confianza y fue lo que le hizo aceptar llevar a cabo la acción de aquella noche.

El paquete que encargó incluía un manual de instrucciones para abrir cerraduras. Nova había comprado dos cerraduras de la misma marca que la que iba a abrir aquella noche y estuvo practicando una y otra vez. Sin embargo, se sentía insegura. Siempre se ponía nerviosa cuando tenía que hacer algo por primera vez. Y no cada día cometía un delito de allanamiento de morada. *Dirty Thirty*, se repetía a sí misma para sentirse fuerte. *Dirty Thirty*.

La calle Drottning estaba vacía a excepción de unos cuantos transeúntes que desaparecieron hacia el metro. Como estaban de espaldas, no se percataron de la joven del mono naranja que cruzó la calle mientras, angustiada, miraba hacia todas partes. El portal estaba iluminado por las muchas luces que había en la calle. El código se lo sabía de memoria. Dos semanas antes había ayudado a entrar a una señora mayor que iba con andador y memorizó las cifras. Al cabo de cinco segundos, Nova estaba dentro del portal.

En el aire flotaba un olor a aceite de ascensor, a viejo y a polvo. El suelo de mármol, el panel de madera en la pared y el ángel dorado en un pedestal, demostraban el alto nivel económico y el gusto de los vecinos. Nova no subió en ascensor a pesar de que el piso al que iba era el último del edificio. De un ascensor no podría huir y aunque hasta el momento no había hecho nada ilegal, se sentía culpable.

Una vez arriba, respiró profundamente para recuperarse del esfuerzo mientras estudiaba el rellano. Sólo había dos puertas, ambas altas y forradas de paneles de madera. Por debajo de una de ellas se veía una débil luz y al fondo se oía el sonido de la televisión. Nova miró intranquila a través de la mirilla que había en la puerta.

El vecino estaba despierto.

Eso no estaba previsto en el plan.

Se quedó paralizada durante unos segundos. Sus manos temblaban por el miedo a ser descubierta. Después encontró la solución. Masticó una última vez el chicle que llevaba en la boca, se lo sacó y le dio la forma de una moneda. An-

dando con sus flexibles zapatos de gimnasia, Nova fue hasta la mirilla y pegó el chicle encima. Ahora por lo menos se daría cuenta de si la iban a descubrir porque tendrían que abrir la puerta antes. El vecino seguramente no llamaría a la policía sin controlar primero lo que ocurría en el rellano de la escalera.

Nova volvió a la puerta que era su objetivo. Estaba arañada, gastada y era pesada, pero hacía poco que la habían renovado. Tenía puesta una placa en la que leyó: «Josef F. Larsson.» Las letras estaban grabadas al ácido sobre un metal dorado. A pesar de que todo estaba previsto, quería asegurarse de que era el lugar correcto, aunque el riesgo de que se hubiera equivocado de planta fuera mínimo.

Nova volvió a respirar hondo, abrió la mochila y sacó las ganzúas. *Dirty Thirty*, repetía una y otra vez en su cabeza. La cerradura de arriba se abrió igual de fácil que cuando había entrenado en casa, pero en ese momento oyó un ruido detrás de la puerta del vecino: el traqueteo de unas uñas sobre el suelo de parquet.

Luego pasaron a arañar la puerta y Nova se puso a respirar más de prisa. La sangre le latía en los oídos. Pensó en huir, pero en lugar de eso se puso a manipular, temblando, la segunda cerradura. Le faltaba concentración y tuvo que empezar desde el principio. Dentro del piso de enfrente se oía una voz gruñona llamando al perro, pero éste, en lugar de obedecer a su ama, dio un último ladrido para llamar su atención. La mujer, que arrastraba los pies, se acercó a la puerta.

Nova volvió a errar, se pasó con la ganzúa y se le rompió una de las uñas pintadas de negro dentro del guante. El ama y el perro iniciaron un incomprensible diálogo al otro lado de la puerta y por una expresión de descontento, Nova entendió que el bloqueo del chicle había sido descubierto.

Entonces oyó la cadena de seguridad de la vecina de enfrente.

En ese momento la cerradura que Nova intentaba manipular hizo clic y la puerta se abrió. Agarró la mochila, se deslizó dentro y, sin ruido, cerró la puerta tras de sí. La

oscuridad del piso envolvió a Nova y en ese mismo momento se abrió la puerta vecina. Se esforzó para no hacer ruido al respirar, pero aun así le parecía que los latidos de su corazón sonaban como una tormenta.

Ahora le tocaba a Nova observar por la mirilla. Vio a la anciana del andador que miraba a un lado y a otro y luego, dudosa, hacia abajo, hacia su pequeño caniche gris. Desenganchó la cadena y abrió la puerta despacio. El caniche dio un salto y se puso a ladrar en dirección hacia Nova. La anciana estaba espantada. Dio unos pasos arrastrando los pies por el rellano de la escalera y se agachó con esfuerzo para coger al perro en brazos. De vuelta a su vivienda, susurró al oído del animal:

—*Gudrun*, haz el favor de no ladrar a los vecinos.

Cuando iba a cerrar la puerta, se paró pensativa y al volver para estudiar detenidamente la puerta descubrió el chicle. De su chaqueta de lana sacó un pañuelo, desenganchó el chicle con él y se guardó la pegajosa masa en el bolsillo.

—Niños proletarios —dijo, molesta, al cerrar la puerta tras de sí.

Nova se volvió hacia la oscuridad de la vivienda. La luz de la calle Drottning y de los escaparates de las tiendas entraba a través de los ventanales. Buscó la linterna en la mochila, la encendió y se la puso en la cabeza. El recibidor estaba ordenado y amueblado con un estilo clásico, con alfombra, espejo dorado y unas cuantas perchas en un colgador. Sólo había un abrigo de color marrón claro. La ropa de la pareja debía de estar en el armario de al lado, aventuró Nova. En el suelo, debajo del abrigo, había dos pares de zapatos: uno era de caballero, de piel marrón, y hacía juego con el abrigo; el otro par era de señora, con discretos tacones. Zapatos de vieja, constató Nova. En el ambiente flotaba un ligero olor a basura. «No hay que dejar basura en casa entre julio y agosto.» Nova oía la orden de su madre desde algún sitio de su memoria.

En medio del recibidor había un portafolios tirado y de él se había salido el último balance anual de la compañía

de aguas Vattenfall. Parecía como si alguien, al llegar a casa, lo hubiera soltado para llegar a tiempo de coger el teléfono. El maletín inquietaba a Nova a pesar de estar completamente segura de que nadie había entrado aquel día en la vivienda. Rompía con el orden que reinaba en la casa y creaba desarmonía. Miró fijamente el portafolios un momento, pero después pensó que la falta de armonía se iba a imponer en todo el ambiente del piso porque había llegado el momento del *spray*. Nova siempre había tenido una vena dramática y sabía que las frases escritas en rojo sangre causaban más efecto que en otro color.

La primera víctima fue el espejo del recibidor. «Asesino», escribió con grandes letras. «El hombre que se mire aquí tendrá el epíteto que le corresponde», pensó sonriendo de su perspicacia. Después se dirigió hacia la sala de estar, oscura pero amplia y donde el parquet estaba cubierto de antiguas alfombras orientales. En un rincón había cajones de bonita madera que Nova supuso eran altavoces, y una estatua africana tallada con forma de mujer con niños desnudos colgando de su cuerpo.

Junto a una pared había un sofá de piel negra con reposapiés. Nova fue hacia allí y escribió «Dinero manchado de sangre» a lo largo del respaldo. Satisfecha, dio un paso hacia atrás para admirar su obra.

Cuando escribió *Dirty Thirty* en la pared opuesta, pensó que se le debía de haber caído pintura en el suelo. Miró el frasco de *spray*, pero no vio que se saliera, así que se sintió tranquila. No era el mejor momento para quedarse sin pintura. Luego se agachó y dirigió la luz de la linterna que llevaba en la cabeza hacia la mancha y notó que era de un color algo más marrón oxidado que las palabras que acababa de escribir. Parecía como si estuviera seca. Al pasar el haz de luz por el suelo descubrió dos manchas más que estaban igual de secas y eran del mismo color.

Una inquietud le recorrió todo el cuerpo sin que Nova se atreviera a formular el pensamiento. Cuando se acercó a las otras dos manchas, se dio cuenta de que eran el principio de una huella. Una larga fila de manchas salían de la sala de

estar y entraban en las habitaciones cercanas. Algunas se habían filtrado a través de las rendijas del parquet y seguirían allí durante mucho tiempo.

En el camino que formaban las manchas había algo atrayente que hizo que Nova las siguiera, pero otra mancha en el marco de la puerta hizo que se parara de golpe. Era la clara huella de una mano que se había deslizado a lo largo de la madera y después se había soltado.

Una huella roja.

Fue en ese momento cuando la conciencia de Nova aceptó que podía ser sangre de verdad. Dudosa, dio otro paso para iluminar la habitación con la linterna. Se paró antes de dar el siguiente, incapaz de moverse o de apartar la vista de la escena que tenía ante sí sobre la cama de matrimonio. Era de allí de donde venía el olor a basura. Estaba claro que los tres cuerpos habían abandonado esta vida, pero daban la sensación de que estaban en movimiento. La instalación grotesca y pornográfica que se amontonaba en la cama llevó el pensamiento de Nova a las profecías del juicio final. El amo, el ama y el pastor alemán en un abrazo antes de morir. Sobre la cama había cifras y un texto escritos con excrementos: el Génesis 6, 4. Se veía bien claro contra el fondo de la pared de oro y plata. La luz roja de las lámparas del cabezal reforzaba el color de la alfombra de sangre que rodeaba la cama. Aquella imagen recordaba un burdel, igual que el espejo que había en el techo, sobre la cama.

Un burdel del infierno.

Nova vio en el espejo que las tripas del perro estaban alrededor del cuello de la mujer a modo de correa. Se dio la vuelta y vomitó café amargo y empanada de brécol. Su vómito se mezcló con las gotas de sangre que había en el suelo.

Luego atravesó a trompicones la sala de estar mientras, inconscientemente, se limpiaba la boca con la manga del mono de trabajo. Cogió la mochila y salió del piso dando un portazo. Al bajar la escalera tropezó y cayó de bruces todo lo larga que era. El dolor que sintió en las rodillas cuando se dio contra el suelo de piedra se vio reprimido por la sensa-

ción de pánico que sentía en el estómago, de manera que continuó escalera abajo igual de descontrolada que antes. Arriba, el caniche ladraba histérico.

Nova se tiró hacia la puerta de entrada, la abrió y salió corriendo por la calle Drottning con una mirada furiosa. Su único pensamiento era irse lo más lejos posible de aquella vivienda y de aquella casa.

Corría por la calle igual que un borracho.

Un par de ojos seguían su huida.

Honolulu, 9 de septiembre de 2003

El verano de 2003 había sido el más caluroso de Europa desde el siglo xv. Al principio, aquello inquietaba a los expertos de medio ambiente, pero su mensaje llegó rápidamente a lobbys, políticos y, finalmente, a la gente. Sin embargo, aquello no le preocupaba a George McAlley. Alegría era una palabra demasiado suave para describir lo que sentía. Lo que experimentaba rozaba la felicidad y el éxtasis.

George McAlley, gracias al calentamiento global, había alcanzado el cenit de su sexagenaria vida. Dentro de poco llegaría a los periódicos más importantes del mundo un comunicado de prensa y su repercusión sería enorme. Estaba seguro de ello. En sus acuosos ojos brillaba una fanática excitación. La mano derecha le temblaba un poco cuando se acarició la blanca barba de apenas un milímetro. Llevar el pelo tan corto era una costumbre que adquirió cuando era oficial de aviación. A pesar de que habían pasado décadas desde entonces, mantenía aquella costumbre, al igual que la espalda recta y el andar firme.

George McAlley estaba en su despacho con vistas a un jardín tan cuidado como su pelo. Las paredes estaban cubiertas de fotografías de su pasado como oficial y sus zapatos bien cepillados se hundían en una blanca moqueta. Sobre un pedestal había una medalla de color plata montada

dentro de un globo de cristal; tenía la forma de una cruz con un águila de alas extendidas en medio. La medalla estaba sujeta por una cinta roja, blanca y azul y se la habían dado por su extraordinario comportamiento heroico durante la guerra de Vietnam. De todas las pertenencias que tenía George McAlley, era la que más valoraba.

Sobre la mesa que tenía delante había dos fotografías. Una, tomada en 1949 por la *US Air Force*, había estado en el archivo confidencial *Ararat Anomaly* hasta 1979, cuando se hizo oficial. La otra había sido tomada recientemente por un satélite en la misma zona.

El motivo de la excitación de George McAlley era un contorno en forma de lanza en la capa de nieve que se podía reconocer en las dos imágenes tomadas cuando se encontraba en uno de los dos picos del monte Ararat. En la foto antigua, en blanco y negro, la forma era sólo una sugerencia, pero en la otra, los bordes se veían con claridad y la nieve había resbalado dejando agujeros oscuros que ponían aún más de relieve que algo grande y hueco estaba escondido allí abajo. El clima caluroso había encogido el glaciar notablemente y ya no podía ocultar el objeto. Para George McAlley aquello era la última prueba necesaria para dar el paso definitivo y organizar una expedición a aquella montaña de Turquía de más de cinco mil metros de altura. Costaría casi un millón de dólares, pero el dinero ya estaba conseguido. Por una parte, gracias a su propia aportación y, por otra, a la de organizaciones cristianas que compartían el mismo objetivo: demostrar que el Arca de Noé existía y estaba enterrada en los glaciares del monte Ararat, tal y como se decía en la Biblia.

—Gracias, Señor —murmuró George McAlley mientras la ola de orgullo que lo invadía expandía su pecho.

Dios lo había elegido a él para encontrar el artefacto más buscado del mundo. Él sería quien demostraría a todos los infieles, indecisos y pecadores, que Dios era tan grande como la Biblia había testimoniado a lo largo de todos los tiempos. El orgullo se mezclaba con el triunfo. Él tenía razón.

George McAlley tuvo que sentarse para asimilar la infor-

mación antes de hacer la primera llamada. Para que su apariencia tranquila no se alterara, tenía que calmarse un poco y sopesar detenidamente la forma en que iba a expresarse. A pesar de haberse imaginado aquel momento miles de veces, no tenía claro del todo cuál era el siguiente paso. George McAlley decidió poner sus pensamientos en orden.